

batallas ni las más delicadas cuestiones religiosas, ni la ciencia, ni la política. ¡A cuántos errores y desvarios no ha conducido el libre examen, en mal hora implantado por los innovadores del siglo XVI!

Las personalidades se hallan anuladas, las virilidades que nos presenta en sus hermosas páginas la Historia se desconocen en las páginas contemporáneas.

La sociedad pende de las superfluas ideas de los filósofos enciclopedistas, y de su embrollo y falta de unidad se desprende la gran variabilidad de caracteres que se observa.

Todo el mundo se cree enterado de cualquier asunto que sale al palenque público; pero variando fácilmente de sentido en las cuestiones y si bien alguna vez se sostiene con tesón alguna, casi nunca es en sentido religioso, en cual renglón se ven las más deplorables decepciones.

A estas consideraciones nos ha traído lo que se ha observado estos días en nuestra población, con motivo de un hecho que forzosamente tuvimos que lamentar en números anteriores.

Si bien ha aparecido el hecho en su desnudez y se le ha aplicado correctivo, en cambio para paliarlo y ocultarlo, ¡cuántos esfuerzos no se han practicado! ¡en cuántas contradicciones no se ha incurrido! ¡cuántas convicciones religiosas no se han postergado por el miserable miedo de aparecer manchados, cuando en rechazarlo se hubieran en cambio limpiado!

Por observación de tiempo, tenemos ya experimentado cuán difícil es fiar en la convicción religiosa de nuestra sociedad actual; pero el desengaño siempre de nuevo nos affige.

Imploramos á la Providencia no nos deje de su mano, sosteniendo á los que aun pelean sus batallas y reanimando en sus fuerzas á los debilitados.

Muy de lamentar son las debilidades en las cuestiones religiosas, indicio de la amortiguada fe de los corazones. Y así como en las cuestiones materiales se logran resultados fabulosos con la unión de fuerzas ó asociación de capitales, del mismo modo deberán conseguirse en el terreno religioso.

Hora es pues ya, de unirse en torno de las agrupaciones sanas que existen en nuestra villa, si se quiere evitar el contagio á que conduce el indiferentismo ó el espíritu frívolo del siglo, del todo insano para el alma, como lo es para la salud del cuerpo el aire corrompido ó cargado de mortal epidemia.